

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Fragmentos

H. Spencer

H. Spencer murió en Brighton el día 9 de Diciembre de 1903, á la edad de 83 años, «casi ignorando de Inglaterra;—escribe Kropotkin á J. Grave—le conocemos infinitamente mejor en Francia, en Rusia y en España.» Su vida y su fortuna consagró por entero á la publicación de un *Sistema de filosofía sintética* que le ocupó durante 36 años. Pueden hacerse ciertas reservas, sobre algunas ideas suyas ferozmente burguesas y economistas, efecto del ambiente y de la educación; pero cuando uno considera esta obra prodigiosa hay que admirar la inteligencia que la concibió, la voluntad que distribuyeron el trabajo y lo ejecutaron sin desfallecimientos. Spencer ha escrito, además, libros inapreciables como *Educación*, *Justicia*, *Principios de Sociología*, *El individuo contra el Estado*, etc. Fué individualista, pero al modo de los economistas, combatió el Estado en beneficio de la sociedad capitalista y en detrimento de los pobres y de los desventurados. La mogigatería de los creyentes que no pudieron lograr enterrarlo en la Abadía de Westminster por más esfuerzos que hicieron, y la «gran prensa» inglesa que hizo el vacío entorno suyo mientras dejaba, el mismo día de su muerte, que se cubrieran de luto las calles al paso del cadáver de un concejal, le eleven, acaso, mañana, un monumento... Nosotros creemos perpetuar más eficazmente su memoria trasladando á las columnas de NATURA algunos fragmentos de sus obras, escogidos al azar.

Cuando los ingleses declararon que un esclavo que pone la planta sobre el suelo inglés, queda ya de hecho y de derecho hombre libre; cuando los ingleses prohibieron la importación de esclavos en sus colonias y pagaron veinte millones para la emancipación de los esclavos en la India Occidental; cuando Inglaterra ha dado asilo á los proscritos políticos y tendido la mano á los pequeños Estados que luchaban por su libertad, entonces me sentía orgulloso de mi patria y la adoraba. Pero ahora veo en la vida política de Inglaterra cosas que despiertan en mí sentimientos muy distintos. Los medios de que se ha valido

Inglaterra para apoderarse de más de ochenta colonias, no puedo aprobarlos. ¿Quién podrá galvanizar mi amor por la patria, cuando veo que después de haber declarado nuestro Primer Ministro que estábamos en el deber de reconquistar el Sudán para el Khedive, después de la conquista se administró enseguida en nombre de la Reina y del Khedive para mejor sojuzgarlo; cuando veo que dos ministros, después de haber dado su palabra de no intervenir en los asuntos del Transvaal, ha exigido cambios radicales en el sistema electoral de aquel país, buscando en ello pretexto para hacer estallar la guerra? Ni digno de

amarse me parece este caracter nacional que prodiga ovaciones populares á un *condottiero* de filibusteros...

Me parece detestable este grito de: «con mi país, con razón ó sin razón.» Asociándose al amor de patria el sentimiento que este grito expresa, conquista cierta justificación. Pero descorred el velo y veréis como el sentimiento que contiene es de los más bajos.

Suponed que en uso de su derecho nuestro país resiste una invasión. En este caso la idea y el sentimiento encerrados en aquel grito son justos. La propia defensa es un deber. Pero suponed, al contrario, que sea nuestro país el agresor, que sea nuestro país quién se posesione del terreno ageno, ó quiera, por la fuerza de las armas, introducir ciertas mercancías en una nación que las rechaza. ¿Qué implicará, entonces, aquel grito? La razón está de parte de los que se opongan á nuestros planes; la sinrazón está de parte nuestra. En este caso el deseo patriótico encerrado en aquel grito significa: «¡Abajo la razón! ¡viva la sinrazón!»

(*De Facts and Comments.*)

Siempre y en todas partes las creencias que se asocian á las instituciones y á las costumbres establecidas han parecido irrefutables á sus adeptos. En todas partes el furor de la persecución religiosa se ha apoyado en la convicción que la desidencia de las creencias recibidas implicaba la maldad premeditada ó la posesión demoniaca. Cuando el papa era dueño supremo de los reyes, pasaba por monstruoso dudar de la autoridad de la Iglesia; actualmente, en ciertas regiones del Africa, parece monstruoso apartarse de las creencias locales. «Los hombres blancos son unos insensatos,» dicen los negros cuando hablan de la incredulidad de los europeos. Lo mismo pasa en la esfera de lo político. Antiguamente, en Fiji, un hombre esperaba que se le ejecutara declarando que «la voluntad

del rey debía cumplirse,» y nadie soñaba con poner siquiera en duda el derecho del soberano. En Europa, mientras se aceptó la doctrina del derecho divino de los reyes, la inmensa mayoría consideraba como el más negro de los crímenes la manifestación verbal de que todos no deben prestar obediencia á uno solo. Hace apenas un siglo el pueblo se disponía á matar, al grito de ¡viva la Iglesia y viva el Rey! á un predicador culpable de haber públicamente desaprobado la forma política y eclesiástica del gobierno establecido. Poco más ó menos sucede hoy lo mismo y la mayor parte de los hombres prodigan el calificativo de loco ó de fanático al que rechaza la autoridad ilimitada del Estado. Hemos sustituido «la aureola divina que ciñe la frente de los reyes» por la aureola divina que rodea el Parlamento. El gobierno de muchos que elige la multitud ignorante y que ha sucedido al gobierno de uno solo que se creía designado por el cielo, reclama y obtiene los mismos poderes ilimitados que este último. El sagrado derecho de la mayoría, generalmente estúpida é ignorante, á sojuzgar la minoría, á menudo mucho más inteligente é instruída, se extiende á todas las arbitrariedades que le place promulgar, y este absurdo parece á muchos, sin embargo, de una rectitud y de una evidencia absolutas.

(*De Justice.*)

Dado una raza de seres que tengan un derecho igual á alcanzar el objetivo de sus deseos, y dado un mundo hecho para la satisfacción de estos deseos y donde estos seres nacen en condiciones iguales, resulta que todos tienen igual derecho á gozar de los bienes de este mundo, pues si cada individuo es libre de hacer lo que quiera á condición de que no atente á la libertad de los otros, cada uno es libre de hacer uso de estos dones naturales para la satisfacción de sus necesidades, mientras respete los mismos derechos en

los demás. Invirtiendo la proposición, claro está que nadie puede hacer uso de la tierra de modo que impida á los demás usarla igualmente, pues en este caso sería prevalerse de una libertad más grande que la de los demás, y, consiguientemente, se violaría la ley. La justicia por lo tanto, no admite la propiedad aplicada al suelo. Ni el cultivo, ni el reparto igual de la tierra pueden hacer nacer un derecho absoluto y exclusivo, ya que puesto en estos límites extremos semejante derecho engendra el despotismo completo de los propietarios. Gradualmente los hombres irán aprendiendo que el privar á los demás de hacer uso de la tierra es un crimen inferior únicamente en perversidad al de arrebatárles la vida ó la libertad.

(De *Social Statics*.)

Hay mayor seguridad de conducirse bien en la vida cuando se comprenden las buenas ó las malas consecuencias de los propios actos, que en el caso de atenerse á la autoridad de lo que digan los demás. El niño que se ve que el desorden impone la pena de ordenar las cosas, ó que la lentitud produce pérdida de placeres, ó que la falta de cuidados expone á carecer de un objeto útil y agradable, no sólo experimenta las consecuencias que siente vivamente, sino que adquiere la idea de causalidad, y esto, mediante el mismo procedimiento que más adelante le mostrará la experiencia. Por el contrario, el niño que en tales casos recibe alguna represión ó algún castigo artificial, no sufre sino una consecuencia de la que frecuentemente apenas se cura, y tampoco adquiere la instrucción necesaria acerca de la naturaleza de la conducta buena y de la mala. En esto radica el vicio del sistema de las recompensas y de los castigos artificiales, vicio que los espíritus previsores han siempre adivinado. Sustituyendo á las consecuencias naturales de la mala conducta los *pensionarios*, ó casas de corrección, se

falsea en los niños el criterio moral. Cuando durante toda la infancia y la juventud se considera el descontento de los padres y de los maestros como el resultado principal de las trasgresiones, se establece en el espíritu cierta asociación de ideas entre la infracción y el disgusto que ocasiona, como entre la causa y el efecto; consiguientemente á esto, cuando cesa el poder paternal ó tutorial y no es de temer el descontento los padres y maestros, cesa ó se quebranta considerablemente á la par la influencia de las reglas morales, por no haber sido aprendida, mediante la triste experiencia, la verdadera ley, la de las reacciones naturales.

(De *Education*.)

Lord Wolseley dijo del soldado: «El soldado ha de creer que los deberes de su estado son los más nobles que pueden caber á un hombre. El soldado tiene que aprender á despreciar todos los deberes de la vida civil.» Este sentimiento no está circunscrito á los deberes de un soldado cuando defiende su patria, sino también á los deberes del soldado invasor de países extranjeros y, sobre todo, invasores de naciones más débiles. El impulso agresivo transforma la bajeza en grandeza de alma. Cuando la epopeya hindú nos enseña el dios Indra vencedor de una mujer, nos extrañamos de que el poeta glorifique una victoria que nos parece una cobardía. Cuando, sobre los muros de Karnak, vemos á Ramsés en forma de gigante que tiene cogidos por los cabellos á una media docena de pigmeos y en actitud de cortarles la cabeza de un solo golpe de su espada, hallamos extraño que Ramsés hiciera glorificar por medio de la pintura un triunfo tan fácil sobre la debilidad. Y sin embargo nosotros, con nuestras armas de precisión, nuestros obuses y nuestros cañones de largo alcance, batimos pueblos poco menos que desarmados, victoria tan fácil como la que puede obtener un hombre

sobre un niño, y todos nuestros periódicos aplauden, y se prodigan los títulos y las recompensas á los jefes de la expedición, calificando de «nobles» los deberes del soldado que tamaña hazaña realiza;

comparados con ellos, los que realiza el pacífico ciudadano son declarados deberes despreciables!

(De *La morale des différents peuples.*)

Donato Luben

El trabajo, base social del derecho

(Conclusión)

II

La idea de reformar el régimen vigente, sometiéndolo á la acción palingenésica de un cambio radical que trastorne todos sus actuales fundamentos legales y acabe con todas sus grandes injusticias, infamias y violencias, se va abriendo paso, poco á poco, paulatinamente, hasta que al fin concluya por apoderarse de la conciencia universal.

El mundo humano siente una ánsia veheméntísima de perfeccionamiento y libertad; desea fortificarse en las sagradas llamas de una revolución redentora, y hácia ese fin concreto conduce todos sus esfuerzos material, moral é intelectualmente hablando.

Hace falta que la esclavitud histórica acabe de una vez y para siempre; que se habran nuevos y más ámplios horizontes al derecho social; en una palabra: que se produzca la redención del pueblo obrero al albor solemne de una nueva era de robustos fraternismos, de paz, de amor, de justicia y, sobre todo, *de verdadera libertad*.

Al efecto, lanzada en pos del ideal sublime, la sociedad comienza á conmoverse en ruidosas agitaciones violentas precursoras de algo grande, muy grande, inmensamente grande, que se viene elaborando á través de los siglos en los cruentos procesos de la Historia, y que tal vez no tarde mucho tiempo en producir la ruina de todo lo existente.

La liberación económico-social del

llamado *cuarto estado*, es hoy día casi casi una aspiración universal, fuerte y conscientemente sentida por las muchedumbres proletarias de todo el mundo civilizado.

El socialismo militante, presentando la solución de problema de tan notoria trascendencia, mediante la proclamación de la socialización y universalización de la propiedad y de la riqueza bajo todas sus formas y diversos modos de manifestarse, ha logrado conmover los viejos fundamentos sociales, asestando formidable golpe á las vetustas fórmulas leoninas en que permanecía como cristalizado el *Derecho universal*, insidioso mantenedor del privilegio que acapara y explota sin producir y del despotismo que tiraniza y aherroja al pueblo trabajador.

El socialismo persigue la desaparición verdad de la lucha de clases, acabando con la explotación del hombre por el hombre y proclamando la igualdad social de todos los seres humanos, tanto en los disfrutes del derecho, como en las obligaciones del deber.

Como se ve, pues, la solución socialista no puede resultar más racionalmente equitativa. Pretende hacer á todos los hombres propietarios comunales de la tierra y de todas las grandes y pequeñas riquezas naturales y sociales; quiere transformar el actual orden de cosas decrepito, injusto y aniquilador, en

un nuevo orden social justo, civilizado y pletórico de sanas energías creadoras, y para eso, para producir la gloriosa exaltación del género humano, proclama el socialismo la liberación económico-social del proletariado y la abolición de toda clase de dependencias, servilismos y miserables aherrojaciones, aspirando, como corolario supremo, á la constitución de una sociedad más perfecta, humana y racional que la presente, en la cual, los humanos, todos los humanos, redimidos y felices, dueños, comunal y usufructuariamente, de todos las riquezas y portentos mundiales, puedan vivir dichosos la vida augusta de la civilización, del amor y de la libertad....

Planteado que sea sobre la tierra el régimen socialista, el hombre, todo sér humano, tendrá derecho indiscutible á la libre percepción de todos aquellos elementos de vida que racionalmente estime necesarios para desarrollarse en todas sus aptitudes y llenar todos sus deseos. Y á tal efecto, recibirá de la sociedad cuanto necesite sin tasa ni medida, eso sí; pero quedando, desde luego, justa y voluntariamente obligado, á cooperar con sus esfuerzos de trabajo al fomento de la felicidad general, afirmando así la soberana dignidad de su existencia libre y la efectiva realidad de su personal autonomía.

El derecho pagado con el deber, con la mutua cooperación voluntaria á toda labor beneficiosa de carácter colectivo y social, es, á nuestro humilde juicio, la más elevada concepción de la idea de libertad á cuya realización pueda aspirarse. Porque, regulada nuestra concepción del derecho con el equilibrante contrapeso del deber, *con el pago mutuo* de los compromisos sociales contraídos, voluntaria y libérrimamente, por la sana razón individual, claro está y terminante resulta que ésta sólo puede y debe fun-

damentarse sobre el trabajo, que es y debe ser, la única y absoluta base racionalmente justa de toda posesión de medios materiales y sociales y el firme sustentáculo de todo derecho real y positivo, como también de todo deber que surja, sin imposiciones arbitrarias, de la realidad de la vida, pues que en la vida no hay nada más positivo, real y permanente que el trabajo, origen y modificación del verdadero derecho.

La justicia social que al presente impera, parcial en el reparto de derechos y de deberes, ha inventado el privilegio que sancionan las leyes escritas y apoya la fuerza armada puesta al servicio de los privilegiados. Y, mientras esa *pseudo-justicia*, consiente y autoriza las brutales miserias de la inícuca explotación que el capital ejerce sobre el trabajo, colmando de honores la holganza magestática, la crueldad militar y el desenfreno capitalista, hunde en las mortíferas tinieblas de la esclavitud, el embrutecimiento y la ignorancia á las masas obreras, que yacen, por mandamiento expreso de la Ley, vejadas y oprimidas, en la más triste, miserable y vergonzosa desheredación....

Todos los deberes y cargas sociales échalos la *razón actual de justicia* sobre las extenuadas espaldas de los hombres del trabajo, mientras que, injusta y anti-socialmente, todas las consideraciones, respetos y beneficios del mundo, son destinados á endulzar el eterno placer asueto en que viven dulcemente engolfados los estériles, los embaucadores y los parásitos.

Los privilegiados absorben y disuelven casi la totalidad de cuanto el trabajo proletario produce sin ellos trabajar, inmoralmemente.

Si, inmoralmemente, injustamente; pues que, para tener el derecho de *consumir* y *acaparar* en la forma inusitada en que

los ricos y los mandarines lo hacen, necesitase en buena y justa lógica, haber llenado primero el ineludible *deber social de trabajar útilmente*.

Vivir á expensas de *falsos derechos adquiridos sin la previa sanción del pueblo*, que es quien todo lo paga, sostiene y produce, es vivir inmoralmente á expensas de la explotación y de la detentación del trabajo ajeno.

Y un régimen, cual el régimen capitalista, que informa los fundamentos sociales de su existencia legal, en las inmoralidades del despojo, de la explotación y de la tiranía, es de esperar que al fin sucumba, con estrépitos de cataclismo, derrumbado por sus propias violencias y para bien de la Humanidad.



Según se afirma gárrulamente, las leyes escritas han sido promulgadas para determinar taxativamente la extensión de los derechos sociales y establecer la correspondiente armonía de seguridad y justicia en las relaciones de los humanos entre sí.

Tal se asegura pomposa y solemnemente, pero es lo cierto que los derechos que las leyes escritas procuran asegurar y que aseguran á todo trance, no son los sagrados derechos de la gran masa humana laboriosa y fecunda, sino los falsos derechos del propietario, del rico y del explotador.

Revisad, sino, hombres de voluntad serena; revisad todos los códigos y todas las constituciones del mundo; examinad conalgúndetenimientoel inmenso *cuerpo legal* formado á través de los siglos históricos por la injusta legislación universal, y pronto os convenceréis, los que no lo estéis ya, de que las leyes escritas sólo tienden á la defensa de los privilegiados y de los mandarines, aherrojando, como aherrojan, con sus trabas prohibitivas al pueblo desheredado y procurando á todo trance, como desde luego

procuran con la implacabilidad rencorosa de sus terribles rigores correctivos, mantener enhiesta la tremenda injusticia humanicida de la explotación miserable que el hombre esclavizador ejerció siempre sobre el hombre esclavizado.

La ley, todas las leyes (ahí está el *Derecho Romano* que no nos dejará mentir), han sido escritas y promulgadas para dominar al pueblo sumiéndolo en la abyección, en la brutalidad y en la miseria, pues que la misión de las leyes jamás fué ni será otra que la de esclavizar á los hombres laboriosos y promover el apogeo de los explotadores, de los embaucadores y de los grandes y pequeños tiranos.

La explotación del hombre por el hombre, base del régimen capitalista y neroniano sojuzgador brutal del mundo, no permitía á los legisladores proceder de otra suerte. Esta es la *verdad verdadera* expuesta con entero desapasionamiento imparcial y sereno. Y si hoy día anda tan perturbada la razón de justicia y tan faltos de equidad se nos muestran, en sus aplicaciones sociales, *el deber y el derecho* en la draconiana concepción capitalística, es por que todo lo basamos en la explotación del hombre por el hombre y porque no realizamos ni vemos realizar acto alguno que no esté inspirado por la torpeinsanía delegoísmo individual.

Detengamos los absurdos errores económico-sociales sobre que descansa la vigente legalidad; comunalicense los medios de producción; hágase á todos los humanos partícipes colectivos de la riqueza general comunalizada, y al armonizarlo todo, prudente y justamente, en los ordenados conciertos del derecho y del deber, practicando con equitativa justicia igualitaria éstos procedimientos de sabia economía social, no siéndole posible á sér humano alguno gozar de privilegios sin llenar deberes, mandar

sin jamás haber obedecido, ser rico y poderoso, en fin, sin haber trabajado nunca: cuando el trabajo sea justo morigerador que determine la extensión de los derechos sociales del hombre, el mundo se habrá emancipado y el género humano podrá considerarse definitivamente redimido de toda tiranía,

explotación, fanatismo y brutalidad.

Persuadidos, pues, de tan grande verdad animadora y sabiendo, como desde luego sabemos, que en el deber se contiene el derecho y viceversa, nuestro lema de regeneración social es éste:

«No más deberes sin derechos.»

«No más derechos sin deberes.»

Pío Baroja

La Corrala

Llamaban unos á la casa la Corrala, otros el Corralón, otros la Piltra, y con tantos nombres la designaban, que no parecía sino que los inquilinos se pasaban horas y horas pensando motes para ella.

Daba el Corralón, éste era el nombre más familiar de la piltra del tío Rilo, al paseo de las Acacias, pero no se hallaba en la línea de este paseo, sino algo metida hacia atrás. La fachada de esta casa, baja, estrecha, enjalbegada de cal, no indicaba su profundidad y tamaño; se abrían en esta fachada unos cuantos ventanucos y agujeros asimétricamente combinados, y un arco sin puerta daba acceso á un callejón empedrado con cantos, el cual, ensanchado después, formaba un patio circunscrito por altas paredes negruzcas.

De los lados del callejón de entrada subían escaleras de ladrillo á galerías abiertas que corrían á lo largo de la casa en los tres pisos, dando la vuelta al patio. Abríanse de trecho en trecho, en el fondo de estas galerías, filas de puertas pintadas de azul con un número negro en el dintel de cada una.

Entre la cal y los ladrillos de las paredes asomaban, como huesos puestos al descubierto, largueros y travesaños, rodeados de tomizas reseca. Las columnas de las galerías, así como las zapatas y pies derechos en que se apoyaban, debían haber estado en otro tiempo pin-

tados de verde, pero, á consecuencia de la acción constante del sol y de la lluvia, ya no les quedaban más que alguna que otra zona de su primitivo color.

Hallábase el patio siempre sucio; en un ángulo se levantaba un montón de trastos inservibles cubierto de chapas de zinc; se veían telas puercas y tablas carcomidas, escombros, ladrillos, tejas y cestos: un revoltijo de mil diablos. Todas las tardes algunas vecinas lavaban en el patio; y cuando terminaban su faena vaciaban los lebrillos en el suelo, y los grandes charcos, al secarse, dejaban manchas blancas y regueros azules del agua de añil. Solían echar también los vecinos por cualquier parte la basura, y cuando llovía, como se obturaba casi siempre la boca del sumidero, se producía una pestilencia insoportable de la corrupción del agua negra que inundaba el patio y sobre la cual nadaban hojas de col y papeles pringosos.

Á cada vecino le quedaba para sus menesteres el trozo de galería que ocupaba su casa; por el aspecto de este espacio podía colegirse el grado de miseria ó de relativo bienestar de cada familia, sus aficiones y sus gustos.

Aquí se advertía cierta limpieza y curiosidad, la pared blanqueada, una jaula, algunas flores en pucheretes de barro; allá se traslucía cierto instinto utilitario en las ristras de ajos puestas á secar, en las uvas colgadas; en otra parte un banco

de carpintero, la caja de herramientas, denunciaban al hombre laborioso que trabajaba en las horas libres.

Pero, en general, no se veían más que ropas sucias colgadas en las barandillas, cortinas hechas con esteras: colchas llenas de remiendos de abigarrados colores, harapos negruzcos puestos sobre mangos de escobas ó tendidos en cuerdas atadas de un pilar á otro para interceptar más aún la luz y el aire.

Cada trozo de galería era manifestación de una vida distinta dentro del comunismo del hambre; había en aquella casa todos los grados y matices de la miseria: desde la heroica, vestida con el harapo limpio y decente, hasta la más nauseabunda y repulsiva.

En la mayor parte de los cuartos y chiribitiles de la Corrala, saltaba á los ojos la miseria resignada y perezosa unida al empobrecimiento orgánico y al empobrecimiento moral.

En el espacio que disfrutaba la familia del zapatero, en la punta de una pértiga muy larga atada á uno de los pilares, colgaban unos pantalones llenos de remiendos que se balanceaban cómicamente.

Del patio grande del Corralón partía un pasillo, lleno de inmundicias, que daba á otro patio más pequeño, en invierno convertido en un fétido pantano.

Un farol metido dentro de una alambra, para evitar que lo rompiesen los chicos á pedradas, colgaba de una de sus paredes negras.

En el patio interior los cuartos costaban mucho menos que en el grande; la mayoría eran de veinte y treinta reales, pero los había de dos y tres pesetas al mes: chiscones oscuros, sin ventilación alguna contruidos en los huecos de las escaleras y debajo del tejado.

En otro clima más húmedo, la Corrala hubiera sido un foco de infección; el viento y el sol de Madrid, ese sol que saca ronchas en la piel, se encarga-

ban de desinfectar aquella madriguera.

Para que en aquella casa hubiese siempre algo terrible y trágico, al entrar, solía verse en el portal ó en el pasillo una mujer borracha y delirante que pedía limosna é insultaba á todo el mundo, á quien llamaban La Muerte. Debía de ser muy vieja, ó lo parecía al menos; su mirada era extraviada y el aspecto huraño, la cara llena de costras; uno de sus párpados inferiores, retraído por alguna enfermedad, dejaba ver el interior del globo del ojo sangriento y turbio. Solía andar La Muerte cubierta de harapos, en chancas, con una lata y un cesto viejo, donde recogía lo que encontraba. Por cierta consideración supersticiosa no la echaban á la calle.

La primera noche de Manuel en la Corrala vió, no sin cierto asombro, la verdad de lo que decía Vidal. Éste, y casi todos los chicos de su edad, tenían sus novias entre las chiquillas de la casa, y no era raro al pasar junto á algún rincón ver una pareja que se levantaba y echaba á correr.

Los chicos pequeños se divertían jugando al toro, y entre las suertes más aplaudidas se contaba la de Don Tancredo. Se ponía un chico á cuatro patas y otro que no pesase mucho encima con los brazos cruzados, el cuerpo echado para atrás y en la cabeza, alta y erguida, un sombrero de papel de tres picos.

Se acercaba el que hacía de toro, mugía sonoramente, olfateaba á Don Tancredo y pasaba junto á él sin derribarle; volvía á pasar un par de veces hasta que se largaba. Entonces Don Tancredo bajaba de su vivo pedestal á recibir el aplauso del público. Había toros marrajos y guasones que se les ocurría tirar estatua y pedestal al suelo, lo cual era recibido entre el clamoreo y la algazara del público.

Mientras tanto las chicas jugaban al corro, las mujeres gritaban de galería á galería y los hombres charlaban en man-

gas de camisa; alguno, sentado en el suelo rasgueaba monóticamente en las cuerdas de una guitarra.

La Muerte, la vieja mendiga, solía también amenizar las veladas con sus largos parlamentos.

Era la Corrala, un mundo en pequeño, agitado y febril, que bullía como una gusanera. Allí se trabajaba, se holgaba, se bebía, se ayunaba, se moría de hambre; allí se construían muebles, se falsificaban antigüedades, se zurzian bordados antiguos, se fabricaban buñuelos, se componían porcelanas rotas, se concertaban robos, se prostituían mujeres.

Era la Corrala un microcosmos; se decía que, puestos en hilera los vecinos, llegarían desde el Arroyo de Embajadores á la plaza del Progreso; allí había hombres que lo eran todo y no eran nada, medio sabios, medio herreros, medio carpinteros, medio albañiles, medio comerciantes, medio ladrones.

Era, en general, toda la gente que allí habitaba gente descentrada, que vivía en el continuo aplanamiento producido por la eterna é irremediable miseria; muchos cambiaban de oficio, como un reptil de piel; otros no lo tenían; algunos peones de carpintero, de albañil, á consecuencia de su falta de iniciativa, de comprensión y de habilidad, no podían pasar de peones. Había también gitanos, esquiladores de mulas y de perros y no faltaban cargadores, barberos ambulantes y saltimbanquis. Casi todos ellos si se terciaba, robaban lo que podían; todos presentaban el mismo aspecto de miseria y de consunción; todos sentían una rabia constante que se manifestaba en imprecaciones furiosas y en blasfemias.

Vivían como hundidos en las sombras de un sueño profundo, sin formarse idea clara de su vida, sin aspiraciones ni planes, ni proyectos ni nada.

Había algunos á los cuales un par de vasos de vino los dejaba borrachos media semana; otros parecían estarlo, sin beber, y reflejaban constantemente en su rostro el abatimiento más absoluto, del cual no salían más que en un momento de ira ó de indignación.

El dinero era para ellos la mayoría de las veces, una desgracia. Comprendiendo instintivamente la debilidad de sus fuerzas y de sus inclinaciones, se preparaban á hacer ánimos yendo á la taberna; allí se exaltaban, gritaban, discutían, olvidaban las penas del momento, se sentían generosos, y cuando, después de soltar baladronadas, se creían dispuestos para algo, se encontraban sin un céntimo y con las energías ficticias del alcohol que se iban disipando.

Las mujeres de la casa, por lo general, trabajaban más que los hombres, y reñían casi constantemente. De treinta años para arriba tenían todas el mismo carácter y casi el mismo tipo; negras, desmelenadas, iracundas, gritaban y se desesperaban por cualquier cosa.

De cuando en cuando, como un suave rayo de sol en la umbría, penetraba en el alma de aquellos hombres entontecidos y bestiales, de aquellas mujeres agriadas por la vida áspera y sin consuelo ni ilusión, un sentimiento romántico, de desinterés, de ternura, que les hacía vivir humanamente; y cuando pasaba la racha de sentimentalismo, volvían otra vez á su inercia moral, resignada y pasiva.

(De *La Busca*, novela próxima á publicarse)



Crónica científica

EL MAL DEL SUEÑO. — EL SUERO ANTI-TUBERCULOSO DE MARMOREK. —

EL SITIO DE LAS CONVULSIONES EPILEPTIFORMES TÓNICAS Y CLÓNICAS. —

EL TRATAMIENTO HIPNÓTICO DE LOS ALCOHÓLICOS.

Los misioneros han hablado algunas veces de una enfermedad singular que hacía numerosas víctimas en las regiones del Congo: los indígenas la llaman *m'ntansi* (dormir).

El mal del sueño, en otra época limitado á pequeños territorios del Congo, Senegal y Niger, ha penetrado recientemente en la región de los grandes lagos, extendiéndose rápidamente y tomando todos los caracteres de una epidemia tan grave, que algunas provincias se encuentran completamente desvastadas.

Después de la muy notable comunicación de Castellani al Congreso de la Sociedad italiana de Patología, el profesor Blanchard acaba de presentar á la Academia de Medicina de París tres negros de la región del Congo atacados por la citada enfermedad. Y aunque no bien determinado todavía su estudio, procuraremos decir algo, tomando como base las observaciones á que ha dado lugar la comunicación de Blanchard.

Su cuadro clínico presenta tres períodos á nuestro estudio.

En el primer período los síntomas son poco netos, caracterizándose por la repugnancia al trabajo y un cansancio rápido, acompañado de fiebre intermitente. No es raro ver al látigo de algún negro cruzando las espaldas de las víctimas acusadas de pereza.

El segundo período comienza por un temblor en la lengua, bastante á menudo en las manos y después se generaliza por todo el individuo. El enfermo toma una expresión de estupor; adelgaza rápidamente, la piel pierde el brillo que la

caracteriza en los negros y se cubre de erupciones y los cabellos se vuelven secos y raídos tirando su color á rosáceo. Lo más notable de este periodo es la hipertrofia de muchos grupos de ganglios superficiales.

En el tercer período, la fiebre disminuye y la temperatura es inferior á la normal. Los enfermos parecen verdaderos esqueletos, y algunas veces el cuerpo presenta placas largas y profundas. Faltos de fuerza para moverse, permanecen acostados en un estado medio soporoso. La enfermedad dura de 6 á 18 meses, terminando siempre de una manera fatal.

Las hipótesis más variadas han sido emitidas para explicar el origen de este mal. Prescindiendo de ellas, haremos solamente mención de la que creemos verdadera ó más próxima á la verdad.

La presencia de un protozooario, del género tripanosomo, en el líquido céfalo-raquídeo, da lugar á sospechar que sea la causa de la enfermedad. Existen dos clases de infecciones, que parecen debidas á la acción del mismo protozooario, pero en un caso se localiza exclusivamente en la sangre y determina el mal de Dutton. En el otro, el tripanosomo se aloja en el líquido céfalo-raquídeo y determina el mal del sueño.

¿Cómo se transmite esta infección? En todas partes donde aparece la enfermedad se nota la presencia de una mosca del género tse-tse, la glossina. Algunos negros transportados á otras regiones no han propagado la enfermedad porque no se ha encontrado la mosca necesaria al desenvolvimiento del germen.

Los negros presentados por el profesor Blanchard no estaban dormidos, como hace suponer el nombre de la enfermedad: el mal del sueño. Conservaban una cierta inteligencia; la cara atontada; las ojos fijos; la cabeza balanceándose pesadamente envuelta en el humo de sus cigarros...

Desde mucho tiempo á esta parte no habíamos visto en París un interés y apasionamiento tan grande por un progreso científico, como el que ha despertado la reciente comunicación de Marmorek á la Academia de Medicina, sobre la seroterapia anti-tuberculosa.

Hace mucho que los experimentadores habían presentido que la tuberculina es un producto complejo, compuesto, al menos, de dos sustancias de acción muy opuestas; la una, predominante, es tóxica, y la otra, menos aparente, es preventiva, vacunal y quizás curativa. A esta doble acción se debe, sin duda, los resultados contradictorios obtenidos por las inyecciones terapéuticas de la tuberculina.

Marmorek, por un proceder especial de cultura de los bacilos tuberculosos pretende haber acertado á disociar estas dos sustancias. Cultivados según su fórmula, los bacilos no producirán la toxina sino la sustancia inmunizante. Con esta sustancia, inmunizando á los animales (caballo, conejo, etc.), dice haber obtenido un suero que posee propiedades curativas.

De los resultados obtenidos por Marmorek, es necesario distinguir aquellos que han sido dados por la experiencia, nuevos é interesantes, y aquellos que han sido dados por los ensayos terapéuticos, insuficientes y tal vez no superiores á otros realizados con anterioridad por los doctores Héricourt y Carlos Richet, los cuales han abandonado la seroterapia por la zomoterapia, ó sea el tra-

tamiento por el jugo muscular, por el jugo de carne cruda, que ha dado, experimental y clínicamente, resultados superiores á los de la seroterapia, y nosotros podíamos citar algunos casos de que hemos sido testigos á no ser por el temor de pasar los límites que nos hemos propuesto en estas crónicas.

De notable podemos calificar el estudio presentado últimamente á la Academia de Ciencias de París, sobre el sitio de las convulsiones epileptiformes tónicas y clónicas. Su autor, Nino Samaja, es ya bien conocido por nosotros en otro terreno: en el de la sociología y la lucha revolucionaria.

Del citado estudio se deducen las conclusiones siguientes:

1.º La zona cortical motriz es el centro exclusivo de las convulsiones clónicas en los perros y gatos adultos. El resto del eje cerebro-espinal no puede dar en ellos más que convulsiones tónicas. En los mamíferos menos elevados de la serie animal (conejos, etc.), lo mismo que en el perro y gato recién nacidos, y en la rana verde, la corteza motriz no es el sitio de un centro convulsivo.

2.º El bulbo ó el istmo del encéfalo en el conejo, son el sitio de convulsiones clónicas. En la rana verde, el bulbo aislado del istmo del encéfalo es todavía el sitio de un centro convulsivo clónico.

3.º La médula, en toda su extensión, y en todos los mamíferos es el sitio de un centro exclusivamente tónico, no provocando jamás convulsiones clónicas.

Se ve, pues, que el centro convulsivo clónico remonta progresivamente en la escala animal, desde la médula hasta la corteza cerebral: bulbo-medular en la rana verde, bulbar ó bacilar en el conejo, y se vuelve cortical en el perro y gato adultos.

En el hombre—en los decapitados el tronco no presenta ningún signo de convulsiones,—el sitio de las convulsiones tónicas es exclusivamente basilar, y el de las convulsiones clónicas cortical.



El doctor Rybakoff, uno de los miembros más activos de la Sociedad de Hipnología de Moscou, ha presentado á dicha sociedad una interesantísima comunicación, dando cuenta de 250 curas de alcoholismo por medio de la sugestión hipnótica.

El doctor Rybakoff divide á los alcohólicos en cuatro categorías: 1.^a alcohólicos accidentales; 2.^a alcohólicos habituales; 3.^a los dipsómanos; 4.^a las formas mezcladas.

Los alcohólicos que han sido tratados durante los cinco últimos años por el doctor Rybakoff comprenden 250 hombres, distribuidos de esta forma: 58 alcohólicos accidentales, 102 alcohólicos habituales, 17 dipsómanos, 19 formas mezcladas. El número de los alcohólicos accidentales no es considerable, pero hay que observar de que son los que consultan al médico más raramente.

Bajo el punto de vista de la herencia, el autor divide á sus enfermos en tres categorías: sin predisposición hereditaria, 28,0 %; con predisposición hereditaria, 57,2 %; degenerados, 14,8 %. Los que tienen una predisposición hereditaria son los más predispuestos al alcoholismo habitual, á la degeneración y á la dipsomanía; y los que no tienen esta predisposición quedan toda la vida alcohólicos accidentales, aunque con el tiempo pueden llegar al alcoholismo habitual.

Pasando á la cuestión del tratamiento de los alcohólicos por la sugestión hipnótica, el autor señala que los alcohólicos son los enfermos más fácilmente hipno-

tizables. Al comienzo del tratamiento, el doctor Rybakoff hipnotiza á sus enfermos cada dos días, después diariamente y más tarde, dos veces por mes, una vez por mes y por último, poco á poco suspende su tratamiento.

Los resultados son los siguientes: Para una forma dada de alcoholismo, los enfermos que curan más rápidamente son los que no tienen una predisposición hereditaria; los que presentan síntomas de degeneración psíquicas, son los más difíciles de curar; ocupan un lugar entre los unos y los otros, aunque más próximos á la primera categoría, aquellos que tienen simplemente una predisposición hereditaria.

El autor afirma que la sugestión hipnótica puede curar un mínimum de 45 por ciento.

El éxito del procedimiento se debe á los artificios usados con el fin de crear centros frenadores para inhibir los actos que se quiere evitar. Berillón—que en algunos congresos de psiquiatría y neurología ha tratado notablemente esta cuestión—duerme al sujeto y coloca en su mano una copa llena de su bebida favorita; le indica que beba, pero mientras lo hace le detiene enérgicamente el brazo y le hace esta sugestión: «Cada vez que usted tenga un vaso en la mano, al llegar á este punto sentirá la misma resistencia que en este momento y se verá en la necesidad de dejar la copa sin haber bebido.»

Como la medicina no conoce ningún remedio más eficaz en el tratamiento del alcoholismo, podemos afirmar que la sugestión hipnótica es un buen procedimiento para combatir esta enfermedad, uno de los mayores azotes de la especie humana, que, como otros muchos, no es más que el resultado de una monstruosa organización social.



Crimen y criminales

(Continuación)

En una palabra: á la gente se la encierra en la cárcel porque es pobre. Algunos de vosotros ejercen la profesión del robo de noche y con fractura. Ningún hombre de buen sentido penetrará en una casa que no es la suya á media noche, con una linterna sorda en la mano, rodando á tientas por aposentos desconocidos, arriesgando de este modo su vida, si tiene en su propia casa abundancia de las cosas necesarias á la vida. Vosotros no os arriesgaríais. Si un hombre tuviese el guardarropa bien provisto, la despensa bien llena y dinero en el banco, no navegaría de noche por las casas cuyos aposentos desconoce. Esta profesión necesita experiencia y una educación especial, y las gentes que se adaptan á ella no son más dignas de censura que yo que ejerzo la abogacía. Con los bolsillos llenos de dinero, nadie va á asesinar en plena calle. Podrá hacerlo si solamente posee dos ó tres dollars, pero no lo hará si tiene tanto dinero como Rockefeller. Este hace mejores presas.

Cuando más roba el rico al pobre, más aumenta el número de pobres obligados á recurrir á estos medios para poder vivir. El pobre no puede comprender esto, ni siquiera puede imaginárselo, pero de todos modos se ve fatalmente empujado á aceptar este género de ocupación.

La legislatura del Estado de Illinois, aprobó un bill que castiga con la pena de muerte á los que roban niños. Tenemos gente muy sabia en el templo de las leyes. Reconocen el trust del gas y piensan suprimir el robo de niños con la pena de muerte. No creo en el robo de niños, pero los legisladores están en un error. Robar niños no es un crimen, es una profesión que se ha desarrollado con nues-

tras modernas condiciones industriales. Hay muchas maneras de ganar dinero que eran desconocidas de nuestros abuelos. Nuestros antepasados no podían figurarse el trust de un billón de dollars, y nosotros vemos á un pobre diablo desocupado que ha descubierto la profesión de robar niños.

El crimen se comete, no porque las gentes sean malas, nadie roba los niños del vecino porque sea perverso ó porque le gusten, sino porque con ello ve un medio de ganar dinero. Este crimen no puede abolirse con una pena de muerte. Hay un modo de abolir este delito, todos los delitos: dando á todas las gentes un medio de ganarse la vida. No hay otro remedio, no lo ha habido desde que el mundo es mundo, pero el mundo es tan ciego y estúpido que no quiere ver una cosa tan simple. Si cada hombre, cada mujer y cada niño tuvieran una probabilidad de ganarse decentemente, honradamente, la vida, no habría cárceles, abogados, ni tribunales. Es posible que existieran algunos pocos individuos aislados cuyo cerebro estuviese conformado de un modo especial, como el de Rockefeller, que es capaz de realizar todos estos delitos por simple placer de cometerlos; pero estos individuos serían raros, muy raros, y se les conduciría á un hospital, y no á una cárcel, para que el médico los curara. A la segunda, ó á más tardar á la tercera generación, desaparecerían por completo.

No hago teoría pura. Voy á daros dos ó tres ejemplos.

Antiguamente los ingleses castigaban á los criminales embarcándolos y exportándolos á Australia. Inglaterra estaba repartida entre los señores, los nobles y los ricos. Éstos poseían todo el territorio

y los demás tenían que estar en la calle. No podían ganarse honradamente la vida. Los ricos, como he dicho, cogían á los criminales, á los criminales que se dejaban prender, y los enviaban á Australia. Cuando aquellos criminales llegaron á Australia por primera vez nadie había ido nunca allí, por consiguiente, los criminales se encontraron conque todo el continente era suyo, se instalaron en él y pudieron criar ganado conque abastecerse de carne, lo cual les fué más cómodo que robarla. Entonces todos aquellos criminales se volvieron honrados y respetables porque tuvieron el medio de ganarse la vida. No cometían ningún crimen. Eran en todo semejantes á los ingleses que habíanlos enviado á Australia; hasta eran mejores que los ingleses. A la segunda generación, los descendientes de aquellos criminales formaban una clase de gente tan buena y tan respetable como las de las demás partes del globo y comenzaron á edificar iglesias y cárceles.

Una parte del país quedó organizada del mismo modo que en Inglaterra, es decir, que se transportó á los criminales al otro lado del continente australiano, pero también cuando llegaban se encontraban dueños del resto del continente y con numerosos medios de ganarse la vida y se volvían ciudadanos respetables que satisfacían todas sus necesidades como cualquier otro ciudadano.

Los descendientes de aquella aristocracia inglesa que enviaba sus prisioneros á Australia se apercibieron de que los australianos se enriquecían, y, según su costumbre, fueron y se apoderaron del continente, organizaron sindicatos de terrenos (Land syndicate), se apoderaron de las minas, y al cabo de pocos años sucedió que hubo tantos criminales en Australia como en Inglaterra. La causa está, no en que el mundo se hubiese vuelto malo, sino en que la tierra fué robada al pueblo.

Algunos de vosotros ha vivido en el campo. Es mucho más bonito que esto. Los que han vivido en el campo habrán podido observar que si se pone un rebaño en un espacio cercado y si el pasto es insuficiente, los animales procuran romper las barreras ó saltan por encima, cosa que no sucede cuando el campo no tiene límites y pueden pastar á su antojo y con abundancia. El animal humano obra exactamente como los demás animales. El mismo principio gobierna á todos.

Cada individuo busca el modo de ganar su vida dentro de los límites de la menor resistencia. El que llega primero en un país se encuentra con una gran extensión de terreno inculto. Nuestros ricos, por ejemplo, vieron, hace veinticinco años, que Chicago era pequeño; que con el tiempo acudiría gente á establecerse en la pequeña ciudad y comprendiendo que si lograban poseer todo el terreno circundante ganaría en valor, lo acapararon. Vosotros no podéis ser propietarios de una tierra que ya poseen otros. Por esto tenéis que buscar otra profesión. En Inglaterra, en Irlanda y en Escocia, el cinco por ciento escaso de la población posee la totalidad del terreno y el pueblo se ve obligado á permanecer en aquel país sometiéndose á las condiciones que sus propietarios quieren, viviendo como puede, hasta el extremo de tener que adoptar profesiones variadas como: robo nocturno con escala, robo en la calle (*picking-pockets*) y otros semejantes.

Las gentes descubren mil modos de enriquecerse. Son enfermedades como todas las demás. Observaréis que hay gentes que se enriquecen organizando trusts y ganan un millón de dollars. Los hay que atrapan la enfermedad ésta como pudieran la viruela. Es inútil censurarles, está en el ambiente. Hay quienes especulan más allá de lo que permiten sus medios porque están posesionados

de la manía de procurarse dinero. Es una enfermedad; ni más, ni menos. No podéis evitarlo, pero los que poseen la tierra tienen sobre vosotros grandes ventajas. Ved lo que es la ley: cuando estos hombres son dueños de la tierra hacen las leyes. Las leyes no se hacen para proteger á nadie, los tribunales no son instrumentos de justicia. Cuando vuestra causa viene ante el tribunal, poco importa que seáis ó no culpables; lo esencial es tener un buen abogado. Y sin dinero no podéis procurároslo. En una palabra, todo se reduce á una cuestión de dinero. Los que poseen la tierra hacen leyes para proteger lo que poseen. Levantan una especie de barrera ó de cercado y fabrican leyes de modo que los que quedan fuera de la posesión no

puedan entrar en ella. En realidad las leyes se hacen para proteger á los que gobiernan el mundo. No se hicieron para hacer justicia, ni jamás se organizaron ó aplicaron con este objeto. El mundo no posee ningún sistema para hacer justicia.

Voy á daros un ejemplo. Tomad la persona más pobre de este local. Si la comunidad hubiese elaborado un sistema para hacer justicia, el más pobre tendría un buen abogado como el más rico. ¿No es verdad? Y si se presentara ante el tribunal obtendría un fallo tan extenso y tan justo como la persona más rica de Chicago. Vuestra causa no estaría juzgada como ahora en 15 ó 20 minutos, se necesitaría por lo menos 15 días, como en la de cualquier persona rica.

(Concluirá.)

Letras de todas partes

Tenemos á la vista seis folletitos de la biblioteca de «La Huelga General», muy bien editados, traducción unos y originales otros de nuestro amigo y colaborador Anselmo Lorenzo.

«Libre Exámen» y «El Absurdo Político», de Paraf-Javal, se componen de breves demostraciones, claras y precisas, de propaganda anarquista. La diferencia que el autor establece entre la evolución física del universo y la evolución de las sociedades humanas, está bien entendida, pues mientras aquella es fatal, es determinable ésta en virtud de la actividad humana. En cambio parecemos bastante deficiente la tesis favorable á la determinación de los derechos por la lógica. ¿Por cuál? Puesto que Paraf-Javal es anarquista debería no haber olvidado que no hay una lógica, para todos igual, susceptible de cualquier determinación que satisfaga á todo el mundo.

«Generación Voluntaria», de Robin, es un folleto que, escepción hecha de la parte crítica, ofrece materia para grandes divergencias, tanto más cuanto que, en realidad, más *predica* que demuestra.

Limitar la generación, reglamentarla, someterla á la voluntad, se dice muy pronto. El amor y su correlario la unión temporal, permanente ó pasajera de los sexos, implica un problema de complicada psicología descuidado por los escritores libertarios que del asunto han tratado. Bajo el punto de vista Social, no hay ni discusión ni divergencia. Bajo el punto de vista pasional, ya es otra cosa.

El amor, sometido á ciertas mecánicas, será todo lo racional que se quiera, pero es *muy poco amor*. Así como se cumple ciertas necesidades fisiológicas cuando el organismo lo exige, así el amor, como acción, no puede ser sometido á cálculo ni depender de acuerdo alguno.

La bondad del propósito no basta á hacer pasaderas las predicciones de Robin.

«La Anarquía y la Iglesia», de Reclús, es una muy profunda disertación acerca de la conducta del anarquismo, y pudiera decirse del libre pensamiento también, respecto de la Iglesia, de todas las iglesias. La lectura de este trabajo aprovecharía á amigos y adversarios; tan razonado, tan profundo, tan tolerante se muestra el autor. Es de lo mejor que hemos visto, como labor propagandista. El nombre de Reclús lo abona, lo dice todo.

«El Hombre y la Sociedad» y «Criterio Libertario», de Anselmo Lorenzo, son dos conferencias bien meditadas y bien escritas, como todo lo que sale de la pluma del anciano propagandista. La amistad que á él nos une y su condición de colaborador de esta Revista, no ha de impedir que, tanto por su gran actividad como por su labor razonadora y convincente, sin lugares comunes ni palabras gruesas, que tan poco dicen y mucho hieren, le enviemos nuestra más entusiasta felicitación.

«La Psicología de las Religiones», de Joaquín Julio Fernández, es un artículo de periódico, un poco más largo que los que con él forman este libro.

Es mucho título para muy poca cosa, filosófica y literariamente considerada la obra. Cuatro generalidades sobre el catolicismo y el protestantismo y unas cuantas palabras al desgairre respecto de algunas otras religiones, no justifican de ningún modo un título tan llamativo. Hay en el libro muy poca psicología y muy poco fondo, á parte de que no se sabe á donde va á parar el autor.

Si no recordamos mal, Joaquín Julio Fernández ha sentado plaza de anarquista, y en su libro se hallan muchas afirmaciones, como la de que la separación de la Iglesia y el Estado es imposible en España, que van en redondo contra sus pretensiones.

Es una mentalidad mediocre la que ha inspirado este trabajo pretencioso en que hay pujos de todo, menos sinceridad y orientación definida. Ni aun el mérito de un hermoso ropaje tiene.

En *Anarquía*, novela original de Camille Pert, versión castellana de Anselmo Lorenzo—2 pesetas—Balmes, n.º 62, Barcelona, y administración de *Tierra y Libertad*, Madrid.

Esta novela, trasunto de las luchas contemporáneas, refleja bastante bien las diferentes tendencias del socialismo y el estado mental de las clases obreras.

La trama está formada con hechos reales tomados aquí y allá y reunidos en torno de personajes supuestos, tras los cuales se adivina bien pronto ya á unos, ya á otros de los principales autores de atentados ocurridos en Francia. La burguesía aparece así mismo de cuerpo entero.

En general, está bien llevado el asunto, pero sería de desear mayor precisión al describir ideas y sentimientos de que el autor no parece muy poseído. No hay en toda la obra un tipo que pueda decirse netamente anarquista. El mismo Lavenir, protagonista de la novela, habla de leyes reguladoras y guarda entre sus papeles nada menos que una constitución social.

La pintora Ruth Etcheveeren es un tipo nada real, cuya intervención en la novela era innecesaria para el cambio de ideas de Lavenir. La entrevista de ambos en la cárcel, en un gabinete especial y á solas, cuando el *dinamitero* espera la guillotina, no tiene caracteres de verosimilitud. Es un forzamiento de los sucesos á que el autor se ve conducido desde el momento en que presenta á Ruth como piedra de toque de los apasionamientos de Lavenir.

Y, en fin, si la novela es muy digna de aplauso por su valentía, por su labor propagandista y por su palpitante actualidad, aunque demasiado afrancesada para un asunto de suyo cosmopolita, no deja de incurrir en una vulgaridad de bulto de que son culpables, en muchas ocasiones, los mismos anarquistas.

Hácese nacer las ideas anárquicas en casi todos los personajes de la novela de pequeños motivos; determináseles por el odio y el despecho y aun á veces como en el caso Lavenir, la acción se deriva de un desengaño amoroso. En conjunto el ideal anarquista aparece generado por el odio.

A no pocos anarquistas hemos oído justificar sus ideas con tales motivos. ¿No se engañan éstos y no se engaña también el autor de «En Anarquía»?

El ideal anarquista, como cualquier otro, arraiga en los hombres porque encarna razones de justicia, principios de equidad, motivos de bienestar común, ó, en fin, porque satisface la mentalidad y el temperamento individual. ¿No podrían levantarse muchos y proclamar alto: «Somos anarquistas por convencimiento de la justicia que la anarquía implica»? Creemos que sí.

Después, quizá, obligado cada cual á explicar como tal espíritu de justicia ha penetrado en su cere-

bro, busca las pequeñas causas, incapaz de relacionar las lejanas y más profundas, liga los azares de su vida á su profesión de fe y así establece que lo más grande y noble se genera de lo más pequeño y ruin. Acaso sea esto verdad para las almas demasiado vulgares, demasiado groseras; para la generalidad que siente y piensa, no.

El doctor Paul Hem, es otra vulgaridad de esta novela, cuando se nos presenta como oculto resorte que mueve las pasiones y arroja al delito á uno tras otro de sus amigos. Siempre entre bastidores, él es el verdadero dinamitero. Incurre Camille Pert en la misma tontería que la masa imbécil de burgueses y obreros incapaz de comprender que los Ravachol, Vaillant, Henry, etc., obren por impulso propio, sin instigadores misteriosos que escurren siempre el bulto.

Salvo estos lunares y la profusión de discursos inútiles que afean la obra literariamente, «En Anarquía» merece sincero aplauso. Su autor ha sido fiel á la realidad y no se ha achicado en presencia de las escabrosidades del asunto.

«En Anarquía» se lee de un tiron y deja rastro seguro en el corazón y el cerebro.

«Valor Social de Leyes y Autoridades» por P. Dorado, Catedrático en la Universidad de Salamanca.

Bastante bien planteado el problema no lo resuelve el autor con aquella precisión y claridad que fuera de desear. La parte crítica es muy notable pero, en resumen, el Sr. Dorado no hace más que apuntalar el sistema autoritario y legislativo.

Reducido á la explicación de los hechos, á semejanza de los economistas de la cepa clásica, se encierra en un círculo vicioso que no quiere ó no puede romper. Entrevé allá, muy á lo lejos, la solución anarquista, pero se conforma con la justificación científica del autoritarismo.

Como uno de nuestros colaboradores nos ha prometido ocuparse del libro del Sr. Dorado, no decimos más por hoy sino que dicho libro merece ser leído por cuantos se interesan en las cuestiones sociales.

Recibido:

Socialismo Anarquista, por Pedro Esteve.—*A los campesinos*, por Agrupación Alba Social.—*En el café*, por Enrique Malatesta.—*La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera*, por M. Nettiiau.

El Album Ibero Americano, de Madrid; *O Amigo do Povo*, de S. Paulo (Brasil); *Aurora y la Prensa de la Coruña*, por Varios Obreros Coruñeses; *Freedom*, de Londres; *Desperta! de Oporto*; *El Porvenir*, de Chestre; *La Coopération des idées* de París; Colección de *Tarjetas postales revolucionarias*, editadas por el *Productor* de Barcelona; *La Protesta Humana*, de San Francisco (Est. Unidos); *La Question Sociale*, de Paterson; *L'Homme libre*, de París.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne fara il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.